

Cómo CITAR este trabajo:

Massó Guijarro, Ester (2020): “Tropos (de) coloniales en la *fantasía antropológica* de Sánchez Piñol: reconocimiento-extrañamiento como bucle identitario”. En Carmen Rodríguez Martín (ed.): *Un paseo entre las jaulas: ensayos sobre arte y naturaleza*. Granada, Comares: 229-252.

Tropos (de) coloniales en la *fantasía antropológica* de Sánchez Piñol: reconocimiento-extrañamiento como bucle identitario.

Ester Massó Guijarro

Gracias a José Ángel por desnudar el texto. Por todo lo que él ya sabe.
A mis hijos, para quienes la palabra *ficción* no es necesaria.

1. Obertura: antropología y narrativa para *asediar* lo humano.

La antropología es un instrumento idóneo para crear mundos literarios. No sólo por la perspectiva que implica, también por la flexibilidad que aporta en las materias narrativas¹.
El hombre actual permanece igual a sí mismo y busca en el otro tan solo la confirmación de sí mismo².

En los últimos años la obra literaria del antropólogo catalán Albert Sánchez Piñol (1965) ha alcanzado una transcendencia inusitada. Sus diversos libros han sido traducidos a decenas de lenguas y han satisfecho, inesperada e irrevocablemente, tanto a un público apasionado, desde el más comercial al más erudito, cuanto a una crítica nada complaciente³

¹ Sánchez Piñol, citado en Lillo, Anika, “Entrevista a Albert Sánchez Piñol por *La piel fría*”. Anika Entre Libros, 2006: <http://www.anikaentrelibros.com/entrevista-a-albert-s-nchez-pi-ol-por-la-piel-fr-a-> [12/07/2016].

² Han, Byung-Chul, *La agonía del Eros* (Barcelona: Herder, 2014), p. 33.

³ Gómez López-Quiñones, Antonio, *La precariedad de la forma. Lo sublime en la narrativa española contemporánea* (Madrid: Siglo XXI, 2011), pp. 139-168. Hay excepciones [Goñi, Javier, “Teoría de las esporas”. *El País*, 29/10/2005], que consideran la obra de Sánchez Piñol como mera literatura de género con valores literarios mínimos. Es posiblemente cierto que una lectora africanista, o al menos alguien con ciertas nociones sobre la historia colonial de África, atisbe destellos, guiños y profundidades en la obra de Sánchez Piñol que a un lector de otro perfil le pasen desapercibidos, pero eso no significa que no existan o, que al menos, estas no permitan reflexiones intuitivas, más o menos notorias, trans-textuales en este sentido. Con todo, no es el objetivo de este trabajo abundar en las interpretaciones de otros autores sobre Sánchez Piñol. Para una revisión, aparte de los ya citados, ver en prensa *gris*: Foden, Giles, “Art of darkness”, *The Guardian*, 26/04/2009. / Guillamon, Julià, “Las reglas del long-séller”. *La Vanguardia*, 24/09/2003. / Mateo, David, “La piel fría, de Albert Sánchez Piñol”, *La Sombra de Grumm*, 03/12/2005. / Piñol, Rosa María, “El despegue de *La pell freda*”.

que lo califica como un escritor de culto, de proyección internacional y de cotas de profundidad literaria que lo aproximan a dioses como Joseph Conrad (1857-1924), Julio Verne (1828-1905), H. P. Lovecraft (1890-1937) o Robert Louis Stevenson (1850-1894).

¿Es casual que Sánchez Piñol sea antropólogo? ¿Es casual que no acabara sus estudios de derecho y sí los de antropología? ¿El africanista –estudioso de los pigmeos mbuti⁴- y miembro del Centro de Estudios Africanos de Barcelona es el mismo que transita por los senderos más tortuosos del encuentro con la alteridad y el cuestionamiento de la propia mismidad en *La piel fría* (2002) o *Pandora en el Congo* (2005)?

Si bien es genuinamente hábil, inteligente, riguroso, su ensayo sobre dictadores africanos, rubricado con el significativo título *Payasos y monstruos* (2008); si bien sus *Trece tristes trances* (2008) delectan en su inteligente sencillez; si bien su obra de moda hace escasos años fue, inexorablemente, *Victus* (o su segunda parte; 2012 y 2015 respectivamente), por razones de actualidad política... aquí elegimos transitar de modo específico por las dos obras recién citadas⁵. *La piel fría* y *Pandora en el Congo* constituyen dos creaciones distintas en su epidermis pero profundamente gemelas en su alma. Ambas comparten los ejes rectores de la aventura, el asomo al abismo y, sobre todo, como bajo continuo y superficie total: la *alteridad* en su paradójica relación e interpelación con la *identidad*, el encuentro rotundo con la diferencia que transforma ese terrible tropo de la antropología⁶. Recorren senderos especialmente útiles para comprender el estupor, la fascinación y la discusión por la diferencia que la antropología ha desarrollado de modo teórico. Por ello, propongo una exploración antropológica, a modo de análisis etnoliterario⁷, para analizar, los distintos tropos de la alteridad y la identidad que emplea Sánchez Piñol para intentar comprender, aproximarse, cercar, *asediar*, a su vez, otro gran tropo de su obra, el *alma* humana.

La Vanguardia, 24/09/2003. / Obiols, Isabel, “Albert Sánchez Piñol se adentra en la selva africana en su segunda novela”. *El País*, 31/08/2005. (Más adelante, a colación del análisis, se citará estudios especializados.)

⁴ Llega a decir, sin ambages, que: “Escribí *La piel fría* porque no pude hacer la tesis: la guerra civil en Congo me había interrumpido el trabajo a medias y no tenía suficientes datos de campo” (Sánchez Piñol, en K., Miss, “Hay quien lee para olvidarse de la vida y quien lee para encontrarla”- Entrevista a Sánchez Piñol, blog “Soy Miss K., tu librera”, 2012 [02/06/2016]).

⁵ Ambas fueron escritas en catalán y publicadas por Edicions La Campana, *La piel fría* (*La pell freda*) en 2002 y *Pandora en el Congo* (*Pandora al Congo*) en 2005. Aquí usamos las siguientes traducciones castellanas: Sánchez Piñol, Albert, *La piel fría* (Barcelona: Edhasa, 2003). / Sánchez Piñol, Albert, *Pandora en el Congo* (Madrid: Santillana, 2005).

⁶ Son, además, la primera y segunda parte de una trilogía que Sánchez Piñol ha expresado tener en mente desde el origen, de ahí su paralelismo claro, también, su satisfactoria vecindad.

⁷ Para ello, seguimos la estela de análisis y propuestas como las siguientes: Cárcamo Landero, Solange, “La antropología literaria: lenguaje intercultural de las ciencias humanas”, *Estudios filológicos*, vol. 72 (2007), pp. 07-23 y Hermosilla, María Ángeles; Castaño Madroñal, Ángeles y Díaz Viana, Luis de (eds.) “Etnoliteratura: lecturas de la condición humana. Homenaje a Manuel de la Fuente Lombo”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. 60-1 (2005).

Las novelas se sitúan en coordenadas narrativas que no permiten clasificarlas fácilmente⁸. Ambas soportan una legítima *lectura epidérmica* pero esconden otros elementos para lectores que lo precisen. Su autor previene que no son ensayos de etnografía fantástica, sino puras novelas: “El acercamiento entre el protagonista y los ‘otros’ se produce a partir de la afectividad, por distorsionada que aparezca en esas circunstancias”⁹. Así, una de las grandes preguntas es la que inquiere sobre el *género literario* de estas obras, si son de aventuras y fantásticas, o algo más que eso. El reconocimiento y el extrañamiento devienen experiencias simultáneas en ellas, la colisión con lo inesperado y familiar, o sus escenarios como espacios liminales en la frontera del proyecto colonial¹⁰. Por esa riqueza, que no confusión de géneros, llamo *fantasía antropológica* al talante de estas obras. Aquí serán informantes (*interlocutores*) y citando sus palabras a modo de los clásicos *verbatim* etnográficos.

Vamos a realizar este recorrido a través de lo que llamo *tropos (de) coloniales*. Así, la estructura del texto será la siguiente: se abordará la sinopsis general de cada obra y un breve estudio de personajes, seguida del análisis de tropos y símbolos y, finalmente, el *asedio* como lugar simbólico, como tropo del ejercicio del mal colonial, epítome, a su vez, del problema del mal. Concluiremos con una reflexión sobre los procesos de reconocimiento y extrañamiento como bucle de la identidad en un marco epistemológico decolonial.

2. Las historias y sus narradores.

2.1. Argumentos y síntesis¹¹.

Su isla. Fijese allí, en el último horizonte” –me dijo el capitán¹².
Lo que pasó en el Congo supera el entendimiento humano, Thomson.
Es una de aquellas historias que nos hacen dudar de todo (...) No
quería que escribiese un libro, quería que explorase un mapa oscuro¹³.

⁸ Para oportunos análisis al respecto, véase: Noguera Ferrer, Marta, “Escritura de l’ alteritat i alteritat de l’ escriptura a Pandora al Congo, d’ Albert Sánchez Piñol”, en Alfons Gregori et al (eds.), *Discurso sobre fronteras – fronteras del discurso: estudios del ámbito ibérico e iberoamericano* (Polonia: Leksem, 2009), pp. 275-281. / Darici, Katuscia, “Elementos oníricos y estrategias metanarrativas en *La piel fría* de Albert Sánchez Piñol” en Bárbara Greco y Laura Pache Carballo (eds.), *Variaciones de lo metarreal en la España de los siglos XX y XXI* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2014b), pp. 209-219. / Martínez Pérez, María, “Albert Sánchez Piñol i la nova narrativa fantástica”, en Ernesto Cutillas Orgilés (ed.), *La diversidad en la investigación humanística* (Alicante: Universidad de Alicante, 2015), pp. 183-190.

⁹ Sánchez Piñol, citado en Lillo, Anika, “Entrevista a Albert Sánchez Piñol por *La piel fría*”, 2006.

¹⁰ Gómez López-Quiñones, *La precariedad de la forma. Lo sublime en la narrativa española contemporánea*, 142.

¹¹ Dado que *La piel fría* es cronológicamente anterior a *Pandora en el Congo*, se procederá siempre en este orden para cualquier comparación (2003 para la primera, 2005 para la segunda).

¹² Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 9.

¹³ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 33.

Ambas novelas son narradas en primera persona por hombres análogos. Sin embargo, en cuanto a estructura narrativa, la principal diferencia es que en *La piel fría* el narrador vive directamente la historia que cuenta mientras que *Pandora en el Congo* sigue la estructura de *myse en abîme*. Con todo, son historias de amar y perder, de profundas decepciones existenciales y relaciones fracasadas: los dos narradores salen heridos de las historias huyendo de sí mismos¹⁴.

El protagonista de *La piel fría* no tiene nombre¹⁵. Es un muchacho irlandés que se embarca como oficial atmosférico para pasar un año en una isla perdida del océano. Su autodesierto, deseada condena al ostracismo social, están motivados directamente por su tremenda desilusión como excombatiente: “A pesar de mi efervescencia no maldecía a una gente, sólo los sentimientos que todavía me unían al pasado. No era un recluso de mi islote, tan solo de mi memoria. Si me encontraba en la isla era a causa de la militancia política”¹⁶.

Al llegar a la isla, alejada de toda ruta marítima, donde el anterior oficial atmosférico debiera darle el relevo, se encuentra con su ausencia inexplicable, con un contexto y una casa inconexas e inquietantes hasta el extremo. La única persona que encuentran en el viejo faro, el antiguo oficial atmosférico, como se revelará, que parece haber enloquecido, solo pronuncia incoherencias mezcladas con su alemán original y dice llamarse “Batís Caffó”¹⁷. Este hombre, de origen austríaco, es quien lo bautiza como “Kollege”, “colega”.

Desde su primera noche en la cabaña del oficial atmosférico, Kollege es atacado por unos extraños monstruos. Poco a poco vamos tomando conciencia de las formas de estas violentísimas y desaforadas criaturas cuyo solo deseo, ciego, saprófito, nocturno, es entrar en la casa para aniquilar a su actual dueño: “Y entonces vi aquello. Lo vi. La locura me ha robado los ojos, recuerdo que pensé (...) El brazo entraba por allá adentro. Un brazo entero, desnudo, larguísimo (...) No era un brazo humano”¹⁸. Ahí comienza una sucesión inacabable, insostenible, de jornadas destinadas al aprovisionamiento, entre agotamiento y temor, y noches destinadas a la guerra contra la especie enemiga, que será llamada, despectivamente, *carasapo*.

¹⁴ “Esta historia empezó con tres entierros y acabó con un corazón roto: el mío” (Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 9).

¹⁵ Darici señala la vecindad de este no tener nombre en la obra de Wells e incluso Moro. Darici, Katiuscia, “El cuerpo y la isla. Metáforas de la corporeidad y el espacio en *La piel fría* de Albert Sánchez Piñol”, *Revista Orillas*, n° 3 (2014a), pp. 1-16.

¹⁶ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 31.

¹⁷ ¿Un *batiscafo* para asomarse la profundidad? Todos los nombres son simbólicos, algunos de un modo más explícito de otros.

¹⁸ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 71.

Poco después el asedio continuará, pero ya con el resguardo del faro y tras establecer una ambigua relación con Batís Caffó. Una hembra de carasapo vive con ellos en calidad de criada y como una suerte de esclava sexual de Batís. Kollege acabará enamorándose de Aneris (como él la llamará) y sintiéndose más próximo a la especie carasapo tras diversas experiencias (sobre todo a través de la chica y niños carasapo). La especie será rebautizada por él como *citauca*. La guerra, con el faro como cuartel, continuará hasta el final de la novela, trastocándose las líneas enemigas en función del acercamiento de Kollege a la especie adversaria y su alejamiento con Batís Caffó.

En cuanto a *Pandora en el Congo*, su narrador Thomas Thompson se gana la vida como *negro literario* de un famoso autor de novelas baratas de temática colonial sobre África. Un día recibe por parte de un abogado el singular encargo de escribir la historia¹⁹ de Marcus Garvey, condenado injustamente a muerte por el asesinato en el corazón de la selva congoleña, de los dos hijos del duque de Craver. El objetivo de narrar esta historia, casi como un vocero antropológico, es salvar a Garvey y restablecer la verdad. Este había servido en casa de los aristócratas hermanos Craver, malvados y explotadores, a quienes, más tarde, acompañará como asistente en una empresa colonial de explotación minera al corazón del Congo que escogen, en un claro eco conradiano, porque: “ni siquiera es colonia británica”²⁰, un *territorio virgen justo en el centro del continente negro*, libre para ser explotado a placer. “El Congo era una puerta abierta para los audaces”²¹.

En el corazón de la selva los nuevos colonos se encuentran con una extraña especie subterránea, los *tecton*, que emerge del fondo de la tierra y con la que se librará una guerra sin cuartel a través de una estructura bélica de asedio, que sucede en el claro del bosque donde los esclavos de los Craver estaban abriendo la mina. Durante ese encuentro y sus diversos avatares, además de morir los Craver, Marcus se enamora de una mujer tecton, Amgam, que se revelará como personaje simbólicamente crucial, igual que Aneris.

Thomas Thomson publicará, finalmente, la encargada novela sobre la epopeya exonerante de Marcus Garvey, que titulará *Pandora en el Congo* y que, además de resultar exitosa como un folletín colonial más de la época, servirá, efectivamente, para salvar a su protagonista de la horca al ser declarado inocente. La opinión popular, que pesará en el juicio hasta tal punto, considera cierta y veraz la exculpación de Garvey y lo ubica, incluso, en una posición de héroe moral.

¹⁹ *La piel fría* parece casi encarnar la novela que hubiera querido escribir, realmente, Thomas Thomson, en lugar de *Pandora en el Congo* (título también de la novela dentro de la novela del protagonista).

²⁰ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 86.

²¹ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 87.

Finalmente, en un retruécano narrativo encomiable de la historia principal, la narrada en primera persona por Thomson, sale a la luz, de un modo insólito, que toda la epopeya colonial narrada por Marcus Garvey es mendaz y fruto de su maligna invención. Garvey sí mató a los Craver, nunca existieron los tecton ni Amgam (de quien, solo con imaginarla, Thomson se ha enamorado locamente), ni tampoco la ternura en su corazón. Y aquí hallamos una de las grandes diferencias con *La piel fría*: en esta primera novela no hay mentiras, no hay metahistorias; los citauca existen, Aneris existe, en una única, veraz y unívoca narración.

2.2. Los narradores: jóvenes, huérfanos, héroes, trágicos.

Al fin y al cabo, ¿quién era yo? Un hombre más cercano a la juventud que a la madurez, destinado a una isla minúscula barrida por aires de estigma polar (...) pero nadie aceptaba un destino como aquél por dinero (...) Porque, bien mirado, ¿qué iba a ser mi vida en la isla sino la experiencia de un ermitaño empírico?²².

En el verano de 1914 yo tenía diecinueve años y era medio asmático, medio pacifista y medio escritor (...) era muy joven, y la juventud es el estado de ánimo más susceptible a las injusticias²³.

¿Qué tienen en común los protagonistas? Ambos son varones, británicos²⁴, coetáneos, en torno a los años 20 del siglo pasado, huérfanos mas con una experiencia positiva de ello, jóvenes, heterosexuales y con muchos sueños frustrados. Han tenido vidas complicadas y muchas decepciones. Aman los mapas, los libros, y tienen grandes aspiraciones: Kollege, liberar Irlanda del norte; Thomson²⁵, dedicarse con éxito a la vida literaria. Sin embargo: “En mi opinión las guerras no están guiadas por el patriotismo, sino por el afán de lucro y el instinto rapaz²⁶”, dice Thomson. Estas podrían haber sido las palabras de Kollege tras su decepción como guerrillero.

Comparten la niñez con sueños de aventura que después se diluye y concreta en una adultez desfondada, desilusionada. Comparten el *embarcarse*. Devienen héroes de una manera trágica y presentan una actitud vital y un destino, asimismo, de corte trágico: “He dicho que hubo un día feliz y solo uno. Muy pronto se me apareció un mundo desolador²⁷”. Destacan en su verbo tanto la inteligencia como el humor, a menudo amargo y finamente irónico.

²² Sánchez Piñol, *La piel fría*, pp. 11-12, 27.

²³ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, pp. 9, 31.

²⁴ Uno a su pesar: Kollege, en realidad irlandés, desea la independencia de Irlanda y lucha por ella con denuedo.

²⁵ Tanto Thomas Thomson como Marcus Garvey (este último en mayor medida), son nombres con ecos coloniales particulares, en los que sin embargo, por motivos de extensión, no podemos abundar aquí. Por otro lado, aquí solo se considera protagonistas a quienes realmente *narran*: Thomas y Kollege (no se considera a Marcus protagonista, entre otras cuestiones, porque resulta un fraude).

²⁶ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 153.

²⁷ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 40.

En muchos lugares hace notar Sánchez Piñol un singular sentido moral y estético de la existencia, en sus múltiples y sutiles descripciones, a través de boca de sus narradores:

Yo creo que aquélla era su manera de aplicar los ideales tolerantes que escondía en la recámara del espíritu. Nunca confesaría su amor al prójimo con palabras. Pero le dedicaba todos sus actos. Siempre me trató con la gentileza del verdugo por encargo. Si podía hacer algo por mí, lo haría (...) Hay ocasiones en que negociamos nuestro futuro con el pasado²⁸.

De todo ello, sin embargo, hay que destacar los dos elementos que comparten en mayor medida Kollege y Thomson; son ejes que les atraviesan, que devienen obsesiones y que los transforman y *educan* como seres humanos. Me refiero a la orfandad y a su experiencia trágica del amor, que comparten de modo radical.

En cuanto a la orfandad, encontramos una conexión profunda. Ambos tienen 19 años cuando dejan sus respectivos orfanatos; Thomson, cuando se inicia la novela y Kollege, cuando comienza su militancia anti-inglesa: “Miro con perspectiva y veo dos polluelos con los ojos todavía velados. Pero los buenos activistas han de tener el defecto de la puerilidad. Teníamos diecinueve años²⁹”. Igual que Kollege, Thomson se cría en un orfanato público donde: “en contra del espíritu de la época, recibí una educación aceptable³⁰”. Frente a lo que acaso pudiera intuirse, no conservan experiencias negativas de ello; bien al contrario, Thomson tuvo una infancia incluso “prodigiosamente feliz³¹”. Kollege³² afirma, por su parte, que: “A los huérfanos irlandeses más afortunados se les ingresaba en la Institución Blacktorne (...) Para ser sinceros hay que reconocer que los pedagogos de Blacktorne no eran nefastos³³”.

En cuanto al amor, se enamoran perdidamente de mujeres que les están vetadas por ser del macho dominante, por el que son violadas y con las que no pueden mantener una conversación en lengua materna. Amar con una ternura y voracidad inusitada a otra especie, les enseña a amar y comprender la alteridad radical. Así, se enamoran de *la colonia* simbólica, la otra raza y acaban convirtiéndose y transmutándose en ella. Encontrarán más humanidad en la colonia, los seres coloniales, los negros, los de otra especie, los que se salen fuera del círculo moral, de toda consideración (que vienen a través de la mano de mujer), que en la propia raza, a la que acaban despreciando sin comprender.

²⁸ Sánchez Piñol, *op. cit.*, pp. 11, 27.

²⁹ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 35.

³⁰ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 47.

³¹ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 50.

³² Como veremos, Kollege *adoptará* emocionalmente un huérfano (como él) de la especie otra, en quien vuelca una ternura inusitada. La ausencia de esta criatura, cuando desaparece, le dejará desolado sin remedio alguno. Sin alternativa. Como un padre que pierde a un hijo.

³³ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 31.

3. Análisis de tropos y símbolos.

3.1. Las especies o el tropo de la alteridad: citauca y tecton, o el fondo del mar y la tierra.

Un hombre que no era un bárbaro en lo más íntimo de su corazón³⁴.

3.1.1. Las especies como símbolos coloniales de alteridad: desencuentro con los monstruos.

Cada lector construye una visión respecto a los citauca, y cualquier clarificación por mi parte tan solo conseguiría mutilarla³⁵.

¿Un hombre blanco? / Sí, blanco. Pero no como nosotros. / ¿No está diciendo que era un hombre de raza blanca? / Quiero decir con la piel más blanca que la leche recién ordeñada³⁶.

Estas razas representan, en primera instancia, la violenta irrupción de la alteridad, del encuentro colonial-etnográfico³⁷. En ambas novelas devienen dos universos de alteridad o alternativos, lugares o tropos específicos donde nos topamos con *aquella presencia insólita*: dos razas, dos monstruos al principio, que más tarde se comprenden, se aman, trascendidos en mujeres deseables.

Se ha afirmado de estas obras que abordan una versión radical de un encuentro intercultural³⁸: *humanizar* a las otras razas busca mostrar que pertenecen a una comunidad de seres. Frente a esta tesis de Gómez López Quiñones y otros³⁹ sobre el fracaso de este intento, entendiéndose como insalvable la fractura ontológica inter-especies, aquí postularé que sí se apunta a una solución posible a la radical alteridad a través, especialmente, del encuentro amoroso –las *amadas*–, la ternura hacia la infancia – el niño triángulo adoptado– y el esfuerzo de comprensión hacia los otros (pese a que las novelas terminen de modo trágico).

³⁴ Coetzee, John Maxwell, *Esperando a los bárbaros* (Barcelona: De Bolsillo, 2006), p. 154.

³⁵ Sánchez Piñol, citado en Lillo, “Entrevista a Albert Sánchez Piñol por *La piel fría*”, 2006.

³⁶ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 126.

³⁷ Liminyana Vico [Liminyana Vico, Elisabet, “La alteridad en *La pell freda* de Albert Sánchez Piñol: Una lectura del monstruo desde el racismo”, *Hispanet Journal*, vol. 5 (2012), pp. 1-16] reflexiona en este sentido sobre la alteridad y la comprensión del monstruo desde el racismo.

³⁸ Gómez López-Quiñones, *La precariedad de la forma. Lo sublime en la narrativa española contemporánea*, p. 154.

³⁹ Para Liminyana Vico [“La alteridad en *La pell freda* de Albert Sánchez Piñol: Una lectura del monstruo desde el racismo”, p. 15] resulta irresoluble esta aproximación moral, acabando necesariamente en tragedia. Otros análisis que han tratado de la humanización del enemigo en *La piel fría son*: Noguera Ferrer, Marta, “Las fronteras de la civilidad: un acercamiento al concepto de monstruo en *La piel fría* de Albert Sánchez Piñol”, *Revista Iberoamericana*, vol. 19, nº 2 (2008), pp. 227-239 / Martínez Pérez, María, “La humanización del monstruo: Albert Sánchez Piñol vs. H. P. Lovecraft”, *Itaca. Revista de Filología*, vol. 6 (2015), pp. 257-271 / Darici, Katuscia, “El cuerpo y la isla. Metáforas de la corporeidad y el espacio en *La piel fría* de Albert Sánchez Piñol”, *Revista Orillas*, nº 3 (2014a), pp. 1-16 / Darici, Katuscia, “‘Yo soy el monstruo’. *La piel fría* de Albert Sánchez Piñol y la imagen reflejada”, *Inclusiones*, vol. 2, num. 4. (2015), pp. 98-106.

Las metáforas topográfico-simbólicas son claras: los carasapo, o citauca (anagrama de *acuàtic*, *acuático* en catalán original) en su nombre *moral*, son anfibios pero oriundos del mundo submarino; los tecton, en cambio (cuyo gentilicio no es anagramático, sino que refiere de modo explícito y visible a lo tectónico), son igualmente anfibios porque pueden respirar en la superficie de la corteza terrestre pero proceden del fondo de la tierra.

Mas, ¿cómo *son* los citauca y los tecton? ¿Cómo son sus cuerpos, su corporalidad fenomenológica⁴⁰? ¿Cómo recrea Sánchez Piñol su alteridad física?

Las primeras descripciones de los citauca muestran repulsión, rotundo antihumanismo:

(...) en el codo podrían apreciarse tres huesos, muy pequeños y más puntiagudos que los nuestros. Ni un gramo de grasa, musculatura pura, piel de tiburón. Pero lo peor de todo era la mano. Los dedos estaban unidos por una membrana que casi llegaba hasta las uñas (...) un palmo más altos que yo y más delgados (...) agilidad de gacela (...) brazos moviéndose como tentáculos (...) caras de un inframundo de batracios, ojos como huevos, pupilas como agujas, agujeros en lugar de ventanillas, sin cejas, sin labios, la boca grande⁴¹.

Dicho de otro modo, se centran en denotar las obscenas diferencias de los *monstruos* con respecto a un cuerpo humano e, incluso, cuando describen supuestas expresiones emotivas, es para despreciarlos, para significar su impostura:

Oí los lamentos del monstruo medio mutilado. Sus compañeros también lloraban (...) De repente, todos juntos, empezaron a emitir unos gañidos en sintonía. Maullaban (...) No les importaba ser creíbles, tan solo fomentar el espanto (...) No les escuches, por el amor de Dios, no les escuches, me dije⁴².

En *Pandora en el Congo*, en cambio, primero acontece el puro encuentro con África y *lo negro* como formas de diferencia, algo clásicamente colonial: “El Congo, en cambio, amplificaba la potencia del mundo. La luz no caía del cielo, procedía de todas partes. Los olores eran fétidos o espléndidos, sin punto medio. *Las bocas hablaban un idioma de burbujas*”⁴³. Sin embargo, pronto irrumpe el encuentro con algo aún más inesperado, fuera de todo orden y supra o ultra-colonial en su diferencia: paradójicamente, los *blancos*. Pero *blancos del todo, los más blancos*, como en una ultra-colonialidad del poder. Los tecton son descritos con cráneo ovalado y puntiagudo, con redondos ojos enterrados en una cara llena de ángulos y recodos, como un diamante mal tallado y orejas del revés; frente a los citauca, no

⁴⁰ Reflexiones bien interesantes sobre las corporalidades citauca las hallamos, por ejemplo, en León [León, Francisco de, “Lo monstruoso ilimitado. Acercamiento a la geografía y anatomía de lo fantástico en *La piel fría* de Albert Sánchez Piñol”, *Penumbria. Revista fantástica para leer en el ocaso*, <http://www.penumbria.net/lo-monstruoso-ilimitado/>, 2012 -01/05/2016-], que reflexiona sobre el monstruo *piñoliano* dialogando con Shelley, Poe o Carpenter. Darici (“Yo soy el monstruo”. *La piel fría* de Albert Sánchez Piñol y la imagen reflejada”) juega igualmente con la ambigüedad entre monstruos humanos y humanos monstruosos.

⁴¹ Sánchez Piñol, *La piel fría*, pp. 51,53.

⁴² Sánchez Piñol, *op. cit.*, pp. 54-55.

⁴³ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 90.

van desnudos sino con una especie de faldón castaño del ombligo hasta los tobillos, decorado con motivos geométricos y tienen seis dedos en cada mano.

Hay también alusiones a cómo suenan sus idiomas, irreproducibles con las limitaciones incluso fisiológicas de los narradores (¿o es la fisiología un símbolo del alma?):

(...) una tonada de ascendencia remotamente balinesa, una melodía que sería inútil describir, una música que rehuiría cualquier pentagrama (...) Cantaban cuerdas vocales que la naturaleza había creado para expresarse en profundidades abismales (...) Mis cuerdas vocales se parecían tanto a las de ellos como un cepillo a un violín. A pesar de lo cual dije, con una imitación pobrísima y grandes dosis de imaginación: Aneris⁴⁴.

En el Congo nunca se había escuchado un idioma tan extraño. Sonaba como si hablara con la boca llena de piedras⁴⁵.

Ambas especies sirven para explorar y describir algunos tropos antropológicos clave, como el de la incompreensión inicial, la presbicia, la incapacidad de *ver* cognitivamente: “Misterio. Lo peor de todo es la inexistencia de lógica entre los monstruos. Eso los hace imprevisibles⁴⁶”. Esta acontece en los primeros encuentros con la alteridad, más teñidos de puro asombro, a menudo, que de renuencia: “No podía odiarlos. Era peor: sencillamente no podía comprenderlos. Era como si hablara con selenitas⁴⁷”; “Eran una infracción a mis pensamientos⁴⁸”. Esa condición infractora de los citauca, de lo que damos por bueno, por justo, será la base de la común comprensión para los sentimientos humanos básicos: amor y odio⁴⁹.

3.1.2. Reconocimiento: derroteros de la identificación.

¿Se imagina que fuesen algo más que monstruos submarinos? (...)
¿Por qué no? Quizá bajo esos cráneos pelados haya algo más que simples instintos. Si fuera así -insistí-, podríamos entendernos con ellos –Y yo creo que debería poner freno a su fantasía⁵⁰.
¿Tecton? ¿Ese es su nombre, señor? ¿Usted es el señor Tecton? (...) la curiosidad mutua podía ser un gran antídoto contra la violencia⁵¹.

⁴⁴ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 214.

⁴⁵ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 128.

⁴⁶ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 134.

⁴⁷ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 42. Justo es notar que precisamente este comentario es de Kollege hacia sus antiguos correligionarios en la causa de la independencia, y no precisamente hacia los citauca. Sirve sin embargo por ello, más aún, para ver que la extrañeza se establece a menudo con los más iguales, cuando de pronto surge la enemistad o la distancia.

⁴⁸ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 153.

⁴⁹ Los ecos con Conrad son inevitables; recordemos, por ejemplo: “Penetramos más y más intensamente en el corazón de las tinieblas (...) La tierra no parecía la tierra (...) No, no se podía decir inhumanos. Era algo peor, sabéis, esa sospecha de que no fueran inhumanos. La idea surgía lentamente en uno (...) lo que de verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad (...) esa noción de ser capturados por lo increíble que es la misma esencia de los sueños”. Conrad, Joseph, *El corazón de las tinieblas* (Barcelona: Mondadori, 2004), pp. 90-91; 75.

⁵⁰ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 202.

⁵¹ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, pp. 134, 264.

La forma de irrupción de las especies es inversa en las novelas. En ambos casos entraña, desde luego, una sorpresa, pero con bien diversas connotaciones que, a su vez, determinan la evolución moral de la alteridad en sentidos opuestos. Esta principal diferencia consiste en que los carasapo evolucionan moralmente, a través de la percepción cambiante de Kollege sobre ellos, convirtiéndose de facto en citauca, mientras que los tecton nunca dejan de ser malvados (incluso lo son cada vez más, si bien su aparición no resulta del todo negativa al inicio).

Para los citauca, la transición de categoría moral sucede en gran medida a través del contacto con Aneris. El cambio de nomenclatura es, sin duda, altamente significativo para dicho reconocimiento moral, a modo de pura inversión simbólica. Sucede así, incluso, una reinterpretación de los gestos más básicos: lo que primero es leído, sin que cupiese duda razonable, como barbarie, como canibalismo, más tarde se transforma en compasión, y ella obrará en proporción directa con la propia repulsa por la inmoralidad anteriormente cometida:

Cuatro más corrieron a auxiliarlo. Oh, Dios mío, Dios mío. Aquello que creíamos furor caníbal solo era el esfuerzo de quienes se arriesgan para rescatar a sus hermanos bajo el fuego enemigo (...) ¿Cuántas veces habíamos disparado contra individuos que sólo pretendía salvar a sus hermanos⁵²?

Uno de los elementos centrales de este reconocimiento moral o acercamiento identificativo entre Kollege y los citauca es que está marcado por su distancia con Batís; así, se eleva un muro creciente entre ellos, al mostrarse Kollege imposibilitado para hacer comprender a Batís Caffó que “no son monstruos”, o mostrarse éste incapaz de verlo, escudándose en la burla y la desesperación:

No son monstruos (...) No luchamos contra fieras, estoy seguro (...) Citauca, Batís. Es el nombre que se dan ellos (...) Y ella también tiene un nombre: se llama Aneris. Ellos se llaman así, ella se llama así. Cada noche hace el amor con una mujer que se llama Aneris (...) un nombre muy bonito, por cierto⁵³.
¿Ahora quiere hablar el idioma de los carasapo? (...) ¡Salga y deles el fusil! (...) ¡Sí, me gustará ver cómo parlamenta con los carasapo! (...) ¡Usted sí que es un homicida! ¡Un homicida de ilusos! ¡Conseguirá que nos maten!⁵⁴.

Batís Caffó y Kollege se distanciarán definitivamente, abriéndose una brecha entre ellos como seres humanos, en proporción directa al acercamiento íntimo y familiar que Kollege establecerá con los anteriores monstruos: “Me decía que Batís, Batís Caffó, había ido tan lejos en el intento de alejarse de los carasapo que había acabado convirtiéndose en el peor carasapo imaginable: un monstruo con quien resultaba imposible sostener ningún diálogo”⁵⁵.

⁵² Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 206.

⁵³ Sánchez Piñol, *op. cit.*, pp. 211, 214.

⁵⁴ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 215.

⁵⁵ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 255.

Frente a los citauca, que irrumpen intentando, aparentemente, entrar en la cabaña para comerse a Kollege, la primera vez que aparece un tecton en *Pandora en el Congo*, éste argumenta, habla, razona. Es percibido y llamado, de facto, como un “hombre blanco⁵⁶”, con categoría de *persona*, bien que extraña: aunque no se le entienda, se le ve hablar y mover un extraño palo (¿báculo?). Incluso, se presenta, o lo parece: cuando se le interpela, responde “Teec Tôn”. El encuentro entre las dos especies es, en principio, aunque igual de abrupto, más civilizado y mediado en apariencia en el segundo caso. Así, la guerra humanos-tecton se desata más adelante, cuando estos se revelan, en su condición blanca, como aún más terribles que el hombre blanco, el agente colonial.

3.2. Las mujeres o el tropo de la amada: amadas de otros mundos, o sirena y magma.

Porque tus ojos que han penetrado a través de los míos hasta el fondo de mi corazón, encienden en mis entrañas un vivísimo fuego. Ten, entonces, misericordia del que perece por tu causa⁵⁷.

3.2.1. Transiciones al reconocimiento: de monstruos a diosas, de violadas a amadas.

¿Quién era ella? Allí, en el faro, me hice esta pregunta infinitas veces. Cuando me inflamaba el deseo y justo después de tenerla (...) Sucedió, también, que ni yo mismo controlaba mis ternuras⁵⁸. Ella ha salido del interior de la tierra..., como los gusanos..., y tú la amas..., la amas...⁵⁹.

Si en la reflexión anterior veíamos cómo los protagonistas se aproximan, de diferentes modos, a la alteridad en forma metafórica de especie, aquí contemplamos de modo aún más radical la aproximación ambigua a esta alteridad en la forma del amor carnal con las mujeres monstruos, que terminan por devenir diosas. Así, nos hallamos ante una doble y especular transición: en cuanto a lo estético y más carnal, de monstruosas al epítome de la belleza; en cuanto a lo fenomenológico, de sexualmente esclavizadas por el colono a amadas por el narrador y, por tanto, personificadas, trascendidas en agentes morales. De tales transformaciones, radicadas en la propia mirada el protagonista (Kollege, Marcus-Thomas), se derivará, también, una profunda rivalidad para con el abusador sexual (Batís, Craver), con doble matiz: competencia sexual, de un lado, y muy especialmente, enfrentamiento moral por la opuesta consideración (monstruo *versus* mujer) sobre Aneris y Amgam, de otro.

Las analogías y vecindades entre Aneris y Amgam son variadas. No solo ambas poseen un físico, una estética, que causa rechazo al inicio por su diferencia sustancial y que

⁵⁶ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 128.

⁵⁷ Ficino, citado en Han, *La agonía del Eros*, pp. 31-32.

⁵⁸ Sánchez Piñol, *La piel fría*, pp. 206, 208.

⁵⁹ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 230.

luego se torna ideal de belleza deseable, sino que ambas son sexualmente usadas por otros hombres que no las aman, violadas incluso ante la impotencia del verdadero amante, que no solo las instrumentaliza genitalmente, se masturba en sus cuerpos, sino que las comprende, las aprecia en su complejidad: encuentra humanidad en la alteridad.

¿Por qué llamarlas *diosas*? Porque devienen superiores a las mujeres humanas: las *transcinden*. Transgrediendo su propia especie, o bien siendo su representación más magnífica, más moral y estéticamente lograda, suponen el encuentro y la aceptación definitivos para con la alteridad. Así, contienen un elemento ineludiblemente ritual, *cultural* (de culto), trascendente, ya que conducen a la moral. Logran que la otredad devenga construcción quimérica, susceptible de diluirse en el encuentro real. De nuevo, la frontera impenetrable, la infinita distancia entre la *amada* y los bárbaros. Del mismo modo que entre Aneris y los carasapo al inicio se establece una barrera cognitiva –antes de ser éstos citauca, de ameritar la dignidad de un nombre, un gentilicio, en lugar de un apodo despectivo: “Costaba creer que fuesen de la misma raza que Amgam⁶⁰”, también Amgam parece devenir una suerte de modelo perfeccionado de tecton, más moral, más humana, más virtuosa. Pero ello es solo porque *se la ama*. El amor es la única condición de verdad.

Ello se explicita, tal vez, en su manera más radical, en la sexualidad, que resulta inaudita tanto con Amgam como con Aneris, de una calidad extrahumana, inconcebible, aunque al inicio se inadmitiera por su propia rareza. Las descripciones iniciales de ambas mujeres son, como las de los carasapo o los tecton en general, entre repulsivas, despectivas y contradictorias. Si Aneris está irrevocablemente fría, Amgam está increíblemente caliente, mas de ambas se narra la esbeltez de cuerpo, caderas, ojos y cráneos *egipcios*, piernas y brazos que hacen silueta de gacela, ojos grandes y redondos. Y, sin embargo, frente a las ambiguas e incluso terribles impresiones primeras, se revelan como amantes más allá de toda convención o razón humana, que hacen trascender cualquier placer imaginable; son *oasis*, sexuales, también cognitivos:

El tránsito entre la humanidad y la animalidad no influía en los placeres que ella me ofrecía⁶¹.
(...) no conocía el pudor (...) Dios mío, Señor y gloria de todo el universo, antes de que esta mujer y yo agotemos todos los placeres, una carcoma solitaria podría comerse toda la madera del Congo⁶².

Los monstruos quedan transmutados, en virtud de una alquimia antropológica, en la mujer amada. Amgam y Aneris son las embajadoras de la moral que habita en la alteridad. Estos dos nombres mágicos, marinos y telúricos, que ensayan juegos de palabras, magma y

⁶⁰ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 210.

⁶¹ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 226.

⁶² Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 192.

sirena. La radical alteridad se convierte en la radical cercanía, la forma de la intimidad, el amor carnal, la sombra de los celos, incluso (o los celos desbocados).

3.2.2. La infancia como colofón.

¡No dispare! (...) Solo es una criatura (...) Son niños, Caffó, nada más. Los niños no matan, juegan (...) Por otra parte, experimentaba una inquietud que ni siquiera era capaz de formular en palabras: los propios monstruos. Aquella manita en el cristal de la escafandra. Y la sexualidad de la mascota, también (...) ⁶³.
¿Quién ha dicho que los niños no tienen criterio? ⁶⁴.

Existe otro elemento que se repite como eco sordo en las obras de Sánchez Piñol: no solo el amor carnal, adulto, erótico, salva de la incompreensión y la distancia entre yo-otros, sino, muy especialmente, la infancia. Así, los afectos y entendimientos superan no solo las clases sociales y las fronteras etarias sino, muy especialmente, las *especies*. El amor no es especista. Ello sucede sobre todo en *La piel fría* (y aunque en *Pandora en el Congo* exista también de forma transversal una visión no adultocéntrica sobre las criaturas y contactos emocionales importantes al respeto), a través de la figura del huérfano citauca, adoptado simbólicamente por Kollege, quien lo llamará “triángulo”:

El más revoltoso de ellos era una especie de triángulo pequeño y feísimo. Triángulo, porque sus hombros eran muy anchos y sus caderas estrechas, menos desarrolladas que las de sus compañeros, como si la naturaleza aún no le hubiera asignado un sexo concreto. Y feo por la galería de muecas, inacabable, que podían adoptar sus facciones de murciélago (...) No pude soportar sus llantos. Lo cargué al hombro, como un saco (...) De nuevo se agarró a mi cuerpo y me lamió la oreja, y así se durmió. Yo simulé indiferencia ⁶⁵.

En ese instante Kollege comienza a amar, también, al triángulo, como se ama a una criatura, a ese otro vulnerable, pequeño, y aprende a necesitarlo. Se funden los afectos a través del juego, casi formándose una simpar familia; lo cuida, lo tapa por las noches y, sobre todo, *juegan*: “(...) el juego, por inocente que sea, pone al descubierto igualdades y afinidades, porque cuando jugamos con alguien no existen las fronteras, ni las jerarquías, ni las biografías; el juego es un espacio de todos y para todos” ⁶⁶. La universalidad del juego que transforma, convierte, hermana, relaja... rebasa las fronteras cognitivas entre especies y acerca las emociones de las almas, sean cuales sean sus nombres.

La relación inequívocamente paternal de Kollege con el triángulo evoluciona y madura, llegando éste a constituir, a menudo casi más que Aneris, la medida o barómetro de

⁶³ Sánchez Piñol, *La piel fría*, pp. 169, 237, 179.

⁶⁴ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 31.

⁶⁵ Sánchez Piñol, *La piel fría*, pp. 235-236.

⁶⁶ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 239.

la ternura y la humanidad del protagonista, de su capacidad para comprender a los citauca como entidades morales: “El triángulo se había ganado favores de príncipe (...) no podía sacarme de encima a una criatura que no me llegaba ni al ombligo”⁶⁷. No en vano son una mujer y un niño – bien que extraños, una sirena y un “triángulo”- por quienes, a través del amor y la ternura, se aproxima a la alteridad. En un momento dado de la novela, la pérdida del triángulo será el detonante que haga perder la razón a Kollege. La novela finaliza, de hecho, invocando a este extraño nene.

Pareciera, finalmente, que Sánchez Piñol expresara en fantasía antropológica lo que Coetzee⁶⁸ cuenta metafóricamente en su tremenda parábola *Esperando a los bárbaros* (2006). Aquí son también los amores, la proximidad, la dulzura hacia una mujer o un niño lo que acerca al bárbaro *que no desea serlo* a los otros, a los que son perseguidos y aniquilados. La sensación de anomia o, mejor, de vulnerabilidad ante personas que no acatan la universalidad del imperio de la ley, es común a todas estas obras.

El respeto creciente de Kollege por los citauca, a quienes reconoce ese bautismo nominal, coadyuvado por su amor desesperado por la sirena y su ternura irreprimible por el niño triángulo, le hacen *barbarizar* a Batís Caffó. Se invierte lo respetable, la condición de humanidad queda subvertida. En realidad, Sánchez Piñol está describiendo, en su oficio de *antropólogo de la fantasía*, cómo es solamente en medio de las selvas de símbolos humanos, de los códigos compartidos, cuando todo cobra un significado, incluso los afectos, más allá de la especie. Amar a la muchacha citauca, que igualmente transita de forma simbólica de ser *mascota* (animal, pues, casi objeto) a ser Aneris, una sirena, con las connotaciones de belleza, peligro y terribilidad que esta imagen arquetípica encarna, supone también comprender, para Kollege, la fragilidad de las fronteras cognitivas y conceptuales entre lo *animal* y lo *humano*.

3.3. El tropo del asedio: mal y colonialidad.

3.3.1. El asedio como tropo.

¡Pero aquel faro era el reino del miedo (...) No dispaes más, ahorra munición! (...) Matar cansa⁶⁹.
No sabía que en el Congo pudiese hacer frío (...) No es frío, es miedo (...) de esta gente que vive en el infierno⁷⁰.

⁶⁷ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 240.

⁶⁸ Coetzee, *Esperando a los bárbaros*.

⁶⁹ Sánchez Piñol, *La piel fría*, pp. 251, 264.

⁷⁰ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, pp. 218, 219.

Si en las dos figuras anteriores se analizó el desencuentro inicial que da paso a un encuentro moral e íntimo posterior, aquí se trata del tropo mediante el cual Sánchez Piñol explora el mal irrecusable, usándose metafóricamente la colonialidad como estructura de relación. Así, entiendo que el asedio servirá como lugar simbólico de recreación del mal endémico, sistemático, en la historia colonial, pero no solo; también, como veremos, el mal que llamó Arendt⁷¹ *banal* para el caso del nazismo.

El tropo del asedio se recreará de modos variados y singulares en ambas obras⁷². ¿Por qué, cómo hablar del asedio como tropo literario significativo para visibilizar, en este caso, el desencuentro humano? Asediar (del latín *obsidiāri*) es cercar un lugar fortificado para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorro desde fuera; o bien, presionar insistentemente a alguien. Ambas acepciones son válidas, una de corte militar, otra general o metafórica, para el caso que nos ocupa, y explican perfectamente las situaciones distópicas y agónicas que hallamos en las novelas. En ambas hay notables y frecuentes momentos de asedio, bidireccional podríamos decir, entre la raza (*humana*) de los protagonistas (metáfora de la identidad) y la raza *otra* (metáfora de la otredad), la identidad y la alteridad radicales. Los asedios son violentos, literalmente militares, armados y sin cuartel, fuera de toda ley, como una guerra no buscada, no declarada, entre la noción de realidad y la de irrealdad, entre la vida y la muerte, lo moral y lo absolutamente maligno.

Asediar es también hostigar, acosar, negación de socorro, agostar... no solo en lo físico, sino en lo emocional, agotar las reservas emocionales, cognitivas, prácticas de otros diferentes. Es la oclusión del diálogo. En el asedio no se comprende: se aniquila. Es un genocidio en diferido, por cansancio, una insistencia en la muerte del otro poco a poco consumada, a través de la humillación mutua. Es un momento atópico de moral. En un asedio el otro *no es persona*, se reduce a la figura de enemigo. Aniquilar, *reducir a la nada, destruir o arruinar enteramente, hacer perder el ánimo, extenuar, agotar...* la alteridad, la capacidad de ser otros, individuos o especies, comunidades de afecto.

Así, el asedio como tropo literario, como epítome y lugar simbólico de la violencia inmoral contra/de la alteridad, para reflexionar sobre el mal y la colonialidad en tanto que conceptos recíprocos, es común a sendas obras. Un asedio es una circunstancia, una

⁷¹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Taurus, 1998).

⁷² Aunque no podemos ocuparnos ahora de confrontar estas obras con otras del mismo autor, no puedo evitar mencionar cómo en *Victus* esta figura del asedio, obsesivo para Sánchez Piñol (cómo se enrocan los enemigos, cómo se perfecciona la arquitectura militar al respecto, cómo se desgasta la moral adversaria, cómo el asedio es un lugar de exploración del mal y la moral...), se materializa en una forma *real* e histórica de asedio: el de las tropas *austracistas* a la ciudad de Barcelona entre 1713 y 1714. *Mutatis mutandi*, también en aquella obra hay un niño (Anfán) y una sirena (la “puta morena”) a quienes profunda y dolorosamente amar.

narratividad, *un momento de acoso* donde este se normaliza, donde el enroque de dos posiciones irreconciliables se hace vida cotidiana, donde la agresividad y el deseo de *aniquilar, agostar* al otro, se tornan rutina; el lugar donde continuar sin entenderse, donde dos modos de habitar la tierra –el mundo- persisten irreconciliables... hasta la veta moral que se abre cuando Kollege y Marcus empiezan a *comprender* a través del afecto o el erotismo.

En ambos asedios se palpa esa situación. En *La piel fría*, los humanos se enrocan en el faro, se refugian en su poderosa arquitectura para intentar aniquilar al enemigo carasapo. En ello sucede la transición moral de Kollege, que aprende a ver que el ejército enemigo no es tal, que los carasapo son citauca, que tienen hijos pequeños, que recogen los restos de sus caídos no para comérselos sino para honrar su recuerdo; que, incluso, su rehén citauca no es una mascota grotesca sino la mujer amada. En *Pandora en el Congo* este asedio sucede dentro de la parcela que los esclavos de los Craver han rodeado de altísimas picas, como un circo sobrevenido para el horror. Así, los humanos se enrocan en su situación de superioridad – incluso geográfica, están *encima* de la tierra- sobre la superficie terrestre, frente a los tecton que se *esconden* en el suelo: la superficie es el lugar –nunca neutral- de encuentro para la guerra. Se *encuentran*, luchan y se matan un rato cada día; se repliegan hasta el día siguiente, la noche siguiente, el próximo ataque; así persistiendo en la transición forzada del ser al no ser.

3.3.2. Colonialidad y mal banal.

No era que Batís, Batís Caffó, fuese incapaz de entender la realidad. Lo que sucedía era que ni quería ni podía aceptarla. Se había adaptado a la isla a su manera. Realmente tenía un sustrato de principios morales. No era un asesino. O no quería serlo⁷³. El Congo había situado a Marcus en una posición insólita: para colaborar activamente con el mal sólo tenía que hacer una concesión tan leve como tender la mano. Ahora, toda una vida después, no tengo ninguna duda: aquella mano era la sustancia del siglo XX⁷⁴.

El tropo del asedio simboliza una sociedad y una especie perversas: ahí se revelan los andamiajes de incomprensión, poder y aversión propios de la colonia o cualquier sistema análogo de explotación sistemática y de categorización, los ejes cruciales del *mal colonial* por así decir: la desigualdad estructural y la sistematicidad del mal, que oscilan entre las experiencias simultáneas y facticidades de reconocimiento y extrañamiento.

⁷³ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 218.

⁷⁴ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 54.

Hallamos pues una potente reflexión filosófica sobre la naturaleza del mal y, especialmente, desde la perspectiva de lo que denominamos, con y desde Arendt⁷⁵, la *banalidad del mal*: “Lo más incomprensible del horror es que no hay nada que comprender. El horror es extraordinariamente vulgar y ligero. Para matar sólo son precisos dos requisitos: poder y querer”⁷⁶. Tal y como sobre la imposibilidad de la rebelión, o como para hacer el mero bien en los casos de inequidad estructural (como en la Sudáfrica del *apartheid*), se precisaba la heroicidad:

Pretender que un mozo de cuadra se amotinase contra dos aristócratas, solo y en medio de la jungla, equivaldría a exigirle a Marcus, más allá de la decencia, una forma imposible de heroicidad (...) Nuestras leyes exigen a los ciudadanos que sean honrados. Pero ninguna ley puede exigir a ningún hombre que sea un héroe⁷⁷.

El territorio colonial es así visto como amoral, donde se puede permitir el mal, en una clara estela de *Los orígenes del totalitarismo* (1998) arendtiano. La arbitrariedad del mal supone su banalización; a la vez, trivializarlo es totalizarlo, convertirlo en sistema. La banalidad del mal es el reverso de la *fragilidad del bien*⁷⁸: el bien es frágil, la moral vulnerable; el mal es banal, *fácil, sistémico*. La colonia ha sido el escenario sistemático y privilegiado de esta tragedia moral durante los dos últimos siglos, ya en su forma más clásica decimonónica y de primera mitad del XX, ya su forma neocolonial contemporánea. Esta colonia deviene territorio amoral, donde el mal sucede forma natural, donde para cooperar con él basta con no hacer nada y donde las relaciones de desigualdad se naturalizan falazmente: “Sí, claro, yo siempre he pensado que los crímenes perfectos se cometen dentro de la ley (...) Al fin y al cabo, William no comete ningún delito que pueda ser castigado por la ley. Su actitud hacía los africanos se ajusta al sistema colonial”⁷⁹.

4. Reflexiones finales: identidad, fantasía y decolonialidad.

Medito sobre las pretensiones que me trajeron a la isla. Buscaba la paz de la nada. Y en vez del silencio, encuentro un infierno repleto de monstruos. ¿Qué nuevos significados deberían descubrir mis ojos?⁸⁰. ¿Qué es el Congo? El Congo no es un lugar. El Congo es el otro lado de universo (...) El Congo no era un lugar, el Congo éramos nosotros⁸¹.

⁷⁵ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*.

⁷⁶ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 54.

⁷⁷ Sánchez Piñol, *op. cit.*, pp. 54, 470.

⁷⁸ Nussbaum, Martha C., *The fragility of goodness* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001).

⁷⁹ Sánchez Piñol, *op. cit.*, pp. 447, 409.

⁸⁰ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p.134.

⁸¹ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, pp. 302, 308

Los vínculos entre literatura y antropología son antiguos y bien reconocidos, máxime tras el giro hermenéutico, lingüístico y posmoderno de toda ciencia socio-humana desde los años sesenta, aproximadamente, del pasado siglo y hasta hoy. Desde el cuestionamiento del antropólogo como autor o de su objetividad, desde el amor desaforado por el relato que la antropología siempre ha mostrado, no descubrimos nada si afirmamos que muchas obras de ficción superan en lucidez analítica (amén de expresiva) a muchos grandes tratados. En las obras de Sánchez Piñol, empero, hay algo más que una mera condición parabólica, donde las metáforas y símbolos resultan obvios⁸². Lo aquí que he dado en llamar *fantasía antropológica* sirve de *pretexto*, en un puro sentido hermenéutico, para pensar *antropológicamente*, para tratar sobre las más que antropológicas cuestiones de la identidad y la alteridad y cómo se funden en un bucle recursivo. Es el propio autor quien afirma que: “La antropología me permite hacer análisis estructurales de cualquier lugar. Me ayuda a comprender cómo están hechos los hombres y creo que gracias a ella comprendo su parte más oscura⁸³”.

La estancia en la isla de *La piel fría* o el periplo colonial en *Pandora en el Congo* implican un *viaje*, trasunto auroral de la antropología como disciplina; un viaje intelectual, pese a (o por) las dosis de violencia: “Y ahora imaginemos el caso de un hombre que tiene que luchar en unas coordenadas que se hallan más allá de la moral, más allá de la geografía⁸⁴”. Los protagonistas son capaces de ver la realidad que se esconde detrás del horror, pero quizás no son capaces de asumirla, de modo que cada cual *fabrica* sus estrategias cognitivas de asimilación y normalización.

Existen referencias constantes a la incapacidad de la visión *no entrenada*, un clásico de la antropología y la etnografía. Kollege al inicio no es capaz de distinguir la isla en el horizonte: “No supe verla. Después, a medida que nos acercábamos, los contornos fueron haciéndose visibles a simple vista⁸⁵”; en cuanto a Marcus, lo que no logra comprender al llegar al Congo fue la propia condición de los hombres, de la humanidad misma: “Y un atardecer, por fin, apareció la costa. Al principio Marcus creyó que sufría un espejismo marítimo. A la luz del crepúsculo, el puerto parecía un hormiguero (...) Al acercarse al puerto, Marcus pudo comprobar que, efectivamente, aquello eran hombres. Hombres

⁸² El siguiente estudio lo aborda de un modo especialmente perspicaz: Mander, Jenny, “The Novel and Anthropology. A Colonial Tale for a Postcolonial World?”, *Journal of Catalan Studies*, vol. 1 (2007), pp. 126-153.

⁸³ Sánchez Piñol, citado en Castilla, Amelia, “Sánchez Piñol dice que la antropología le ayuda a entender el lado oscuro del hombre”. *El País*, 29/12/2005.

⁸⁴ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 471.

⁸⁵ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 10.

negros”⁸⁶. A tal suerte de incapacidad para *aprehender* cognoscitivamente la alteridad es a lo que llama Gómez López-Quiñones, desde una reflexión de corte más fenomenológico, *lo sublime*, recordando a Kant sobre “(...) la insolvencia de la facultad de la imaginación para crear una forma estable y sintetizadora que limite y unifique”⁸⁷. Existe en todo ello una perfecta analogía sobre cómo se revelan los significados y símbolos, poco a poco, a modo de contornos lejanos, en una exploración etnográfica. Kollege lo afirma sin ambages: “Pero el paisaje que un hombre ve, ojos afuera, acostumbra a ser el reflejo de lo que esconde, ojos adentro”⁸⁸.

Ambas novelas devienen, en verdad, la narración de cómo se transforma ese paisaje interior del protagonista y, por tanto, del lector. El extrañamiento y el reconocimiento han sido de hecho vistas como experiencias simultáneas en estas obras⁸⁹:

Nunca estamos infinitamente lejos de aquellos a quienes odiamos. Por la misma razón, pues, podríamos creer que nunca estaremos absolutamente cerca de aquellos a quienes amamos. Cuando me embarqué ya conocía este principio atroz. Pero hay verdades que merecen nuestra atención, y hay otras con las que no conviene mantener diálogos⁹⁰.

Con estas palabras inicia Albert Sánchez Piñol *La piel fría*, desatando sin demora los primeros escalofríos en quien a él se acerca (quien *se embarca* con él), dándose de bruces con la que pueda ser, tal vez, una de las aproximaciones más certeras de los últimos tiempos a la definición, tan paradójica como simbiótica, del bucle indisoluble “identidad-alteridad”.

Finalmente, en ambas novelas la colonialidad es usada simbólicamente para explorar este binomio, el problema del mal y cómo este solo puede resolverse mediante el amor, incluso asumiendo la condición trágica del mismo. La maldad basal que describíamos del régimen colonial es, en realidad, asimilable o extrapolable a la perversión de cualquier régimen de ejercicio de poder tan desigual. Así, es modelo o metáfora de la maldad en las relaciones humanas a escala social, y cómo en lo micro, en la corta distancia, se *transgrede* la inmoralidad y la ética surge de los pequeños gestos, de los enamoramientos particulares, de las amistades personales, incluso de las adopciones emocionales, de las paternidades sobrevenidas. Los sistemas político-sociales del mal no perdonan ni el amor a una *amada* ni el amor a los *amigos* o a las *criaturas*. Pero estos amores suponen las dos experiencias afectivas

⁸⁶ Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 88.

⁸⁷ Gómez López-Quiñones, *La precariedad de la forma. Lo sublime en la narrativa española contemporánea*, p. 145.

⁸⁸ Sánchez Piñol, *La piel fría*, p. 26.

⁸⁹ Gómez López-Quiñones, *La precariedad de la forma. Lo sublime en la narrativa española contemporánea*, p. 140.

⁹⁰ Sánchez Piñol, *op. cit.*, p. 9.

que salvan la distancia entre identidad y alteridad, que fundan una identidad común y ayudan a combatir el mal colonial, que sedimenta su miedo en las figuras del asedio.

Los tropos decoloniales, las amadas, el asedio, la alteridad en forma monstruosa que se acaba deseando, han de comprenderse en la estela epistemológica del llamado *giro decolonial*⁹¹, que no es sino una coagulación de la profunda crítica civilizatoria que ya la Escuela de Frankfurt ensayara el siglo pasado sobre el proyecto de la Modernidad: no desde el *cogito* frío y privilegiado, fuera del mundo, se puede pensar, sino que para invertir realmente las relaciones de poder (coloniales, neocoloniales, humanas al fin), debemos *pensar, escribir*, desde una experiencia de la subalternidad en distintos niveles: *yo sufro, yo siento...* más aún, añadiría, *yo cuido, yo amamanto, yo paro*, incluso *yo amo*. A fin de cuentas, es el llanto de las amadas o su placer, o hasta los juegos de las criaturas, párvulos embajadores de la risa y la ternura, los que suponen una revolución cognitiva, y por tanto emocional, en los protagonistas de las obras abordadas.

Sánchez Piñol asume que, probablemente, un entendimiento humano definitivo no es posible y, aun así, afirma: “Por eso vale la pena salvar el mundo: porque el resto de seres humanos habrían podido ser como tú, pero han decidido no serlo”⁹². Se puede escoger, existe el libre albedrío para la bondad, o al menos la ilusión del mismo (el *als ob* kantiano), que, para el caso, es suficiente.

⁹¹ Mignolo, Walter, “El pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto”, en Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, *El giro decolonial* (Colombia: Siglo del Hombre Editores, 2007), pp. 25-46. También en su obra se pregunta Mander (“The Novel and Anthropology. A Colonial Tale for a Postcolonial World?”) si *La piel fría* no será un cuento colonial para un mundo poscolonial.

⁹² Sánchez Piñol, *Pandora en el Congo*, p. 387.